



Rubén Darío

Salomón de la Selva

Darío

Su pensamiento vivo

Pablo Antonio Cuadra

Nicaragua surge a la historia como tierra umbilical, como centro de cruce y tránsito de rutas geográficas e influencias culturales.

“Los principales descubrimientos y exploraciones realizados en esta tierra y la fundación de sus más importantes ciudades fueron resultado de la búsqueda de una ruta para la navegación. Primero la búsqueda de un paso hacia las Indias Occidentales. Después -descubierto ya el Pacífico- la de un estrecho imaginario, llamado El Estrecho Dudoso. Y más tarde -hallado el Gran Lago de Nicaragua y disipado el mito del estrecho- la del desaguadero de aquel Lago en el Atlántico, ruta, esta última, que todavía se enrosca en el destino nicaragüense tentando a los Imperialismos con la serpiente del canal Interoceánico.

Colón, el descubridor de América es el descubridor de Nicaragua y su descubrimiento la hace, no en la casualidad, sino buscándolo, queriendo encontrar en ella un paso a los dominios del Gran Kan; deseando dar con la unión o eje de su concepción universal o global de lo descubierto.

Según muchos historiadores, el nombre de América surgió de este encuentro con Nicaragua. Y no sería extraño, porque Colón a no encontrar en esta tierra camino hacia el Asia, demostró sin saberlo -en Nicaragua- que existía un nuevo Continente. Y fue entonces cuando preguntó a los nativos nicaragüenses el nombre de esa tierra que le cerraba el paso, y ellos le dijeron que “AMERRIC” nombre que luego tomó para sí el cartógrafo tudesco Alberico Vespucio, bautizador de América. Sea o no cierta esta historia, de hecho Colón sintió nacer a América en Nicaragua. Aquí América le cerró el paso y dejó de ser una isla de Asia para interponerse, ante la proa del desgraciado Almirante, con una termi-

nante afirmación continental.

¡La tierra de tránsito la única vez que no da paso, es cuando tiene que afirmar su nombre. Cuando tiene que afirmar su americanidad! Luego viene la conquista española y entonces, por el contrario se despeja y abre ante el mundo como centro de rutas y rosa de navegaciones. Nicaragua -según arriba lo decíamos- es para sus conquistadores un eje mediterráneo. Todos ellos traen órdenes expresas o voluntad precisa de conquistar en ella un centro radiante sobre América. Gil González, Hernández de Córdoba, Pedro Arias de Avila y el mismo Hernán Cortes, son espadas atraídas por ese Centro de gravedad telúrica

Y así sucede que, apenas comenzaba en Nicaragua la propia conquista -llamémosla nacional- la sensibilidad del nuevo eje mediterráneo comienza a vibrar y a percibir las necesidades y conmociones continentales. Y más aún, a derramar hacia fuera, en derroche centrífugo, sus propias fuerzas: Ejércitos nicaragüenses, con armas, provisiones y barcos nicaragüenses, van a la conquista del Perú bajo el glorioso comando de Pizarro y capitaneados por aquellos dos vecinos de León y paisanos de Rubén: Hernando Ponce y Hernando de Soto. Poco tiempo después, serán también nicaragüenses los que irán a la conquista de Costa Rica con el noble Vásquez de Coronado.

Sería interesante hacer la historia detenida de estos desbordes hacia afuera, de esa tendencia hacia la continental -sobre la nacional- que no dejará de manifestarse en Nicaragua, desde que Cristóbal Colón enhebra el hilo de América en la aguja o eje nicaragüense. Yo no puedo hacerlo aquí, pero no quiero dejar de anotar como un ejemplo típico de nuestra posición histórico-geográfico, las ayudas prestadas por Nicaragua al Imperio Espa-

ñol, cuando más necesita -de auxilios estaba Nicaragua, es decir en sus primeros cincuenta años de conquista. Para debelar la sublevación de Manco Inca en el Perú, se usan ejércitos nicaragüenses. Para aplastar el alzamiento de Gonzalo Pizarro, llevan contingentes nicaragüenses. Para combatir la rebelión armada de Francisco Hernández de Girón -también en el Perú- llaman soldados nicaragüenses. Los datos pueden resumirnos la angustia imperial de este centro nervioso de América, y también explicarnos, en la medida de la comparación, la inquietud hispanoamericana de nuestro Rubén. De ese Rubén que en la última agnía del Imperio Español -cuando la pérdida de Cuba en 98- va a España a darle sus cantos de vida y esperanza, como la última ayuda de Nicaragua a ese viejo cariño imperial, a esa antigua nostalgia de su geografía y de su historia.

Luego, si pasamos el hilo, en puntada de contradicción, tenemos -inmediatamente después- el famoso levantamiento nicaragüense de los hermanos Contreras, hecho trascendental, continental, poco profundizado por los historiadores y que fue el PRIMERO paso o brote de Independencia en América, apenas en 1550. La historia es larga de contar e intensamente dramática, pero podemos resumirla en pocas palabras. El levantamiento de los Contreras fue la expresión, concentrada de la protesta de los conquistadores contra las medidas antiaristocráticas de la Monarquía española. Y su fracaso simbolizó el final trágico de la primera etapa de la historia de América. Con los Contreras se apaga el estilo y el sentido medioeval de la Conquista, el ideal de un Imperio entre feudal y patriarcal de los Conquistadores, y se abre paso el nuevo sentido moderno del Estado -burocrático y centralista- gracias a la victoria

total de la Monarquía y a la imposición, por parte de ésta, de las teorías y tendencias lascasianas.

Cuando la Monarquía dictó las Nuevas Leyes de Indias y se dejaron sentir sus efectos contra los Conquistadores, el descontento y la reacción fue general en América. Nicaragua, puente de ejércitos, paso de soldados y antena del mundo nuevo, captó violentamente el malestar y la inconformidad de los dueños de América, fraguando entonces en su seno, en conexión con aquel latente descontento, un levantamiento para independizar a América del Rey y restaurar nada menos que el antiguo Imperio de los Incas, con rey hispanoamericano. Los hijos del Gobernador Rodrigo de Contreras, Hernando y Pedro, se levantaron en armas y asesinaron en León al Obispo Valdivieso, encarnación de rigorismo acusativo de los lascasianos.

“Al salir Hernando a la plaza, ya cometido su crimen -cuenta el cronista.- fue acogido con entusiastas aclamaciones que decían: ¡Viva el príncipe Hernando de Contreras! ¡Viva el Capitán de la Libertad! y constituyéndose entonces los sublevados en ejército, que nombraron de la Libertad, rindieron pleito homenaje a aquel hidalgo desesperado y sin freno, que tomó el título de príncipe de Cuzco (por ser esa ciudad el lugar sagrado de los Incas, capital del Imperio que pensaba restaurar) y juraron todos no cejar hasta verle Rey del Perú.

Los sublevados se apoderaron de Nicaragua y su flota. Tomaron el puerto de Nicoya. Luego, armados en corso, asaltaron Panamá, la tomaron y saquearon. Sus planes eran pasar de allí al Perú y con el Perú redondear la conquista de América, pues “de todas partes de Indias le acudiría tanta gente (al nuevo Rey incaico) que a donde quiera que llegase sería obedecido y no hallaría quién le resistiese”. Pero los leales al Monarca español, rehechos y reforzados derrotaron al “Ejército de la Libertad” y los dos hermanos Contreras, uno por tierra y otro por mar, desaparecieron misteriosamente para siempre. El pueblo nicaragüense todavía teje fábulas y leyendas alrededor del extraño fin de aquellos dos hidalgos locos e imperiales que sintieron -en la ambición de su sangre- lo que más tarde sintió Rubén en la emoción de su lengua, cuando, haciéndole “to-

do el daño que le era posible al dogmatismo hispano”, levantó su revolución personal de independencia poética, necesariamente imperial y conquistadora sobre América, para proclamar, soñando también en un lírico y sagrado trono indígena: “Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenque y Uatatlán, en el Indio legendario y en el Inca sensual y fino y en el gran Motezuma de la silla de Oro”.

Estas coincidencias o vinculaciones son reveladoras. Pero más que en ellas, debemos fijar nuestra atención en esa insistente tendencia de los sucesos nicaragüenses a desbordar lo nacional y a producirse, cualquiera que sea su orientación e ideología, dentro de una categoría que podemos llamar, en lengua rubeniana: imperial.

Si dejamos las páginas escritas con sangre y voces españolas, y buscamos el significado de Nicaragua para otra lengua y para otro sentido de la historia, el resultado es el mismo. La piratería inglesa, el filibusterismo negro, el imperialismo yanqui, todas las contracorrientes que circularon y circulan alrededor del destino de América, han cerrado sus líneas de fuerza y dominio alrededor de este centro mediterráneo. Y por el mismo motivo, los grandes hechos nacionales nicaragüenses, como sus grandes figuras, han surgido en reacciones contra estos imperialismos y necesariamente han obrado también en un sentido supranacional, encarnando a América, a la hispanidad; entera y a veces al mundo.

La piratería inglesa -por ejemplo- que recorrió toda América, codiciando la vasta y rica herencia colonial hispánica, pero concretándose a la rapiña marítima y afectando, salvo excepciones, solamente a mercaderes y a navegantes, es en Centroamérica donde se concentra agudamente y es en Nicaragua donde echa anclas, con verdaderas intenciones de permanente dominio territorial. La piratería, apenas toca las playas mediterráneas de Nicaragua, es cogida por nuestra geografía, y parada en tierra su errante aventura corsaria para solidificarse en un fenómeno imperial-antimperial. Con bruscas palabras de pirata lo expresa el famoso Davis, quien asaltó y saqueó en 1565 la entonces “opulenta y marítima” ciudad de Granada.